

¿Y para qué queremos 'Jalogüín'?

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

LA celebración de la ¿fiesta? de 'Halloween' me resulta estomagante. Pero como el personal tiene derecho a divertirse, y las chaquetías y tradiciones españolas parece que se nos quedan cortas y estrechas, campa por sus respetos la estrepitosa matraca con sus máscaras, telarañas, 'trucos' o 'tratos' y resto de usos o rituales, inoculados en vena por la televisión y por los avispados centros comerciales, los educativos y los organizadores de fiestas. Con su pan se lo coman, sólo espero que no molesten en demasía.

Según creo, a esta macana es consustancial el susto, aunque sea de pacotilla y ya todo el mundo se sepa la coreografía, letra y música del invento. Ahí está, a la vuelta de la esquina, inexorable, preparada para devorar con afán festivo los días de Todos los Santos y de los Difuntos. Sea, disfruten, pero olvidense de asustarnos. No lo conseguirán.

Por mucho que se esfuercen con sus disfraces, por mucha sangre falsa que manche sus comisuras, por mucho que se agiten y que bramen, todo queda en una eutrapelia inocua. Hoy, para sustos de los buenos, para sobresaltos fetén, tenemos otras cosas. No les hablaré de terrorismo, que pone los pelos de punta. Ni de violencia doméstica, que ídem de lo mismo. Ni de otras tantas cosas que nos estremecen y que convierten los telediarios y las páginas de los periódicos en una sucesión de horrores con una frecuencia tal que, a la larga, acabaremos embruteciéndonos ante el dolor. Descartadas estas cuestiones, el temor viene de la escena política.

Porque en ese ámbito hay quienes predicán abiertamente el miedo. Y no en metáfora, según parece. Los discursos incendiarios del líder de Podemos, difundidos 'urbi et orbi' por la televisión y el internet, asustan. Me incluyo entre quienes se acongojan cuando el antedicho proclama que el miedo tiene que cambiar de bando. Cuando asegura sentirse emocionado contemplando cómo agreden a un policía. Cuando prefiere la acción en la calle sobre el a veces oscuro trabajo parlamentario. Cuando justifica lo injustificable, incluso las pésimas compañías. Cuando se exhibe con superioridades morales de tan alto nivel que todo lo demás queda señalado como deplorable.

Me causa susto mayúsculo que los sedicentes puros hayan mimetizado su yo profundo, su esencia, en una acción de camuflaje para la caza: obtener votos, envolver a la presa (el PSOE), devorarla plácidamente como aperitivo antes del festín en el que se servirán a la mesa nuestra democracia parlamentaria, nuestra Transición, nuestra España unida. Y el susto se multiplica porque quien hasta hace poco lideraba el Partido Socialista no haya hecho ascos a pactar con aquellos. La ambición ciega, el desprecio sin límites al centro derecha, ha estado a punto de provocar una conmoción en nuestra democracia. Menos mal que algunos pusieron pie en pared, lo que ha hecho revivir a las Furias: fuera las máscaras, ya planifican el asalto al Palacio de Invierno. ¿Alarmismo? Ojalá. ¿No asusta esto más que el 'jalogüín' de las narices?